

EL CAMINO HACIA EL AMOR CONYUGAL

Autor: P. Jaime Fernández M.

Materias:

Amor conyugal

Amistad

Preparación al matrimonio

Sexualidad

Categoría: Familia

El proceso de desarrollo de la afectividad, se inicia en la niñez en forma superficial y difusa y se va concentrando poco a poco a través de las diversas. El círculo de protagonistas se va estrechando hasta llegar a un tú único. En ese proceso se experimentan dos pasos: de la multiplicidad, - que es propia del compañerismo -, a la unidad, que se da en la amistad, y de la globalidad a la especificidad. Es lo mismo que sucede en cualquier proceso auténtico de aprendizaje. El amor también se aprende a través de un largo proceso que debe ser acompañado, porque debe sortear muchos escollos que lo podrían desvirtuar. Esa afectividad, que comenzó con miembros del mismo sexo, ha ido haciendo un largo recorrido hasta abrirse plenamente a la complementación con el otro sexo. La genitalidad que pareciera que ha hecho una pausa larga durante la niñez, a partir de la adolescencia, tomará impulso hasta desembocar en la relación conyugal.

Las cualidades del amor conyugal, curiosamente coinciden con las cualidades del amor de amistad, propio de la adolescencia. La única diferencia es que ahora se da entre personas de diferente sexo. También entre los esposos, para que la relación sea fecunda y estable, debe existir un sentimiento de seguridad mutua, debe surgir el clima de confianza a toda prueba, debe haber absoluta lealtad, sinceridad y fidelidad. Es indispensable cultivar estas cualidades de amistad para llegar a tener una relación conyugal satisfactoria. De ahí la importancia del cultivo de la amistad como preparación al matrimonio. El paso de la adolescencia a la juventud requiere de una atención especial. Es aquí donde los padres deben tener un acompañamiento más cercano y cuidadoso. Se debe contar con que al adolescente, que está muy necesitado de consejo y cercanía, le cuesta mucho recibirlo. Tiende a rechazar lo mismo que anhela, ya que vive una etapa de contradicción interna que dificulta cualquier aproximación. Un adulto nunca debe dejarse engañar por las expresiones contradictorias de un adolescente. Debe tener la certeza de que quiere una aproximación y necesita que se preocupen de él, aunque diga expresamente lo contrario. Es bueno estudiar un fenómeno natural que actualmente se siente entorpecido por la promiscuidad propiciada por el ambiente exterior. Al inicio de su adolescencia, los muchachos experimentan un cierto pudor frente al otro sexo. A este fenómeno los autores germanos lo han denominado "*fuga de los sexos*" porque los lleva a retraerse mutuamente. El chico, que se sabe inseguro e inestable, se siente torpe y desubicado frente a la chica cuando se trata de entablar con ella una relación personal. Si, por razón de su vida social, se tienen que encontrar, no saben de qué hablar y experimentan un malestar psíquico que impide una relación franca, abierta y personal. Esto no quiere decir que no intuyan que una amistad entre ambos sexos sería

maravillosa. Sienten la atracción, la curiosidad y a la vez la cortedad, porque no se sienten aún preparados para esa relación. Cuando la sociedad, con sus presiones artificiales, fuerza esa relación, termina por producir situaciones desconcertantes y por dejar huellas dolorosas. Suele suceder, en el tiempo caótico en que vivimos, que el adolescente, que aún se encuentra en una etapa de desconcierto y desubicación, impulsado por los estímulos erótico-sexuales de la propaganda y de las telenovelas, cruce el umbral de la relación corporal que, para su psicología, aparece como prohibido. Esta experiencia precoz deja huellas negativas y no contribuye en nada a la futura relación de pareja. Muchos papás, creyendo hacer un servicio, pretenden “ayudarlos a definirse sexualmente” procurándoles experiencias de sexo antes de tiempo. No falta quien se ponga a sí mismo como ejemplo diciendo “¿cómo a mí no me hizo daño alguno?”. Normalmente, le faltará la sinceridad para reconocer que no ha sido capaz de guardar la fidelidad conyugal a su pareja y que en su relación sexual íntima se ha buscado más a sí mismo y su propio placer que a su pareja. Ese aspecto esencial del comportamiento se silencia. Se debe contar con que, desde la perspectiva de la maduración sexual-afectiva, esta etapa es la más frágil. Es casi imposible cruzarla sin experimentar desilusiones, crisis afectivas y otros problemas que pueden dejar hondas huellas. Por eso mismo es conveniente que los padres tengan un cuidado muy especial en su acompañamiento. Deben mantener un contacto más estrecho con los hijos que cruzan ese umbral y esforzarse por llegar a una comprensión más profunda de su sensibilidad y problemas.

En la medida en que se va avanzando en la adolescencia ambos sexos comienzan a buscarse mutuamente. La naturaleza les sale al encuentro marcándolos con **una ley de atracción sexual** que los despierta el uno para el otro. Esta nueva experiencia de inquietud sexual les pone la exigencia de aprender desde ese momento a **integrar poco a poco los requerimientos del cuerpo sexuado**. La naturaleza les hace sentir el despertar agudo y urgente de lo corporal. Mientras no han sido dañados por el bombardeo erótico y la permisividad de la sociedad moderna, la conciencia les indicará cuáles son las exigencias que se deben cumplir para dar cabida a una respuesta sana a esos requerimientos. El hecho de que la urgencia corporal del instinto se despierte con tanta anterioridad tiene como sentido incentivar un proceso lento de adaptación. No sería bueno un paso brusco de las relaciones puramente espirituales a las relaciones que deben incluir la genitalidad.

Las etapas anteriores del desarrollo se tienen que reproducir, en otra dimensión, en las nuevas etapas. Para que los padres puedan ayudar eficazmente a sus hijos a encauzar la progresiva maduración sico-sexual, que se realiza en esta etapa, conviene que tengan presente que es necesario que las mismas etapas del desarrollo afectivo que se dieron en la primera parte del proceso de maduración se vuelvan a repetir en esta última etapa. La novedad está en que ahora se debe involucrar al otro sexo. ¿A qué etapas nos referimos con esto? A las etapas de compañerismo y la amistad. Veamos cómo se da en la práctica esto tan importante.

Al inicio de la adolescencia, durante la etapa en que cada sexo tiende a acentuar la amistad más íntima con algunos miembros de su mismo sexo, conviene fomentar la participación en grupos o reuniones mixtas en las que se pueda experimentar el **“compañerismo heterosexual”**. En este tipo de relaciones deben existir las mismas características que en las relaciones de compañerismo: una afectividad poco intensa y generalizada, con varios

miembros del otro sexo, con un componente preponderantemente emotivo-espiritual. **Ya avanzada la adolescencia** es conveniente que se empiece a incursionar en experiencias de **“amistad heterosexual”**. Conviene que a esta altura se vaya llegando al descubrimiento de algunas personas del otro sexo con las que se pueda tener una auténtica amistad, con una afectividad más profunda y con un componente claramente emotivo-espiritual. Si se entabla una verdadera amistad, será necesariamente con muy pocas personas del otro sexo. Dentro de ese tipo de amistades heterosexuales surgen las confianzas, se mantiene una cierta fidelidad, se experimenta confianza y seguridad. Lo único nuevo es que ahora esta relación es con miembros del otro sexo. **En la juventud madura**, a una edad que no se puede definir a priori, cada uno irá adquiriendo, según su originalidad, la capacidad de complementación y de compromiso estable, de tal manera que estará afectivamente capacitado para abrirse a una relación total, exclusiva y será capaz de adquirir el sello del “para siempre”, que es lo más propio del **“amor conyugal”**.

P. Jaime Fernández